



Marinés Medero

Ilustraciones de Humberto García

EL MANCHAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

eL MANChAS

Marinés Medero

Ilustraciones de Humberto García

Medero, Marinés. El Manchas. Monterrey, Nuevo León, México : Universidad Autónoma de Nuevo León, 2019.
32 páginas : ilustraciones a color ; 16x22 cm.
(Colección: Infantil)

ISBN: 978-607-27-1119-8 (Primera edición de la UANL)

Animales como mascotas – Literatura infantil – Siglo XX
Perros como mascotas – Literatura infantil – Siglo XX

LCC: PQ7298.23.E3476 M36

DDC: 868.M43 M36



Rogelio G. Garza Rivera
RECTOR

Santos Guzmán López
SECRETARIO GENERAL

Celso José Garza Acuña
SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

Antonio Ramos Revillas
DIRECTOR DE EDITORIAL UNIVERSITARIA

Elisa Orozco
DISEÑO

Casa Universitaria del Libro

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 • editorialuniversitaria.uanl.mx • editorial.uanl@uanl.mx

Primera edición, 2019

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Marinés Medero

Reservados todos los derechos conforme a la ley.

Prohibida la reproducción total y parcial de este texto sin previa autorización por escrito del editor.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México.

Printed in Monterrey, Nuevo León, Mexico.



Marinés Medero

Ilustraciones de Humberto García



Javi se siente como si se hubiera quedado manco, cojo, sin su sombra.

Eso. Exactamente eso: sin su sombra.

¿Cómo explicarlo? A veces ni siquiera se daba cuenta.

Le pasaba como si fuera un anillo que uno trae en la mano durante mucho tiempo.

No molesta, no pesa. Está en la mano.

Sólo se siente su ausencia, el vacío en el dedo cuando quitamos el anillo.

Así era con el Manchas, su perro.

Pongamos por caso que Javi se sentaba, el Manchas se sentaba junto a él.

Pegadito pegadito, a su lado.

Y se quedaba allí, muy quieto, y luego echaba una siestecita, pero atento siempre a los movimientos de Javi.

Si Javi se levantaba, el Manchas se levantaba para seguirlo adondequiera, dentro y fuera de la casa.

¿Y ahora?

Se lo habían llevado. Lejos.

Todo era diferente ahora.

Primero el viaje: decirle adiós al mundo conocido, decirle adiós a la abuela y llegar al otro país donde se hablaba otra lengua.

Cierto que en unas pocas semanas la entendía y al cabo de un par de meses la hablaba...

Después... fue acostumbrándose a moverse en dos idiomas.



Eso no era malo, después de todo y tenía hasta ventajas. ¡Claro que sí! Era divertido jugar con las palabras y decir groserías, en dos idiomas.

A el Manchas no necesitaba hablarle. Lo entendía todo sin palabras.

Lo adivinaba.

Javi para aquí, Javi para allá y el Manchas detrás de él.

¿Y ahora?

Está solo. Rodeado de gentes que le hablan y cuyas palabras él no quiere escuchar.

Javi se siente solo.

Solo.

Dos

El Manchas levantó la cabeza y comenzó a gruñir.

—Quieto, amigo, no te enojés. Te voy a dar de comer —dijo el hombre.

Cuando lo separaron del niño quedó completamente aturdido, vacío, como si le hubieran quitado parte de su vida.

Y ahora gruñía todo el tiempo.

No era un gruñido feroz, de alguien que está muy enojado, sino un gruñido quedito, permanente, una especie de queja, de alguien que está muy triste.

Porque él era una especie de prolongación de aquel niño.

Había otros seres, quizás, seres amables a los que el Manchas alguna vez les movió la cola con gentileza, con cierta condescendencia, pero en realidad, sólo Javi existió desde el primer momento.

Javi tomándolo en los brazos cuando era un cachorrito. Javi dándole de comer. Javi llamándolo por su nombre.

Su nombre: el Manchas...

¡Cómo lo conocía!

Pero sólo parecía sonar cuando Javi lo pronunciaba, dicho así de un modo cariñoso, suave, diferente.

Cuando Javi se iba era la ausencia.

Su vida convertida en una espera.

Dormir y soñar hasta que de pronto... los pasos... el olor inconfundible... lo inundaban de una alegría súbita y furiosa... la vida que volvía otra vez...

Y ahora...

¿Dónde estaba?

¿Dónde había quedado su olor?

¿Dónde había perdido el eco de sus pasos?

No podía encontrar el espacio de su cuerpo, el sonido de su voz.

A su alrededor bullía la gente. Incluso se dirigían a él.

Estaba aquel hombre tratando de ser amable.

Pero él no escuchaba.

No era su voz.

Estaba solo.

Solo.



tres

Es necesario decidirse.
El mundo es de los valientes...
Pero... tiene miedo.
¿La dirección?
Escrita en un papelito que guardaba
cuidadosamente en el bolsillo.
¿Dónde estaba el lugar?
Tendrá que averiguarlo.
Su mamá no le iba a dar permiso.
Se iría, entonces, sin avisarle.
Escapándose, como quien dice.
A Javi se le hace un hueco en la panza al imaginar
el susto de la madre, su cara cuando llegue
al caer de la tarde y no lo encuentre.
Javi siempre llegaba antes que ella.
Jugaba con el Manchas, hacía sus tareas.
Después encendía la televisión para esperarla.
Era justo esperarla a ella, tan joven y tan linda, ahora tan triste como
si la partida y tantas otras cosas le hubieran hecho mucho daño.



A Javi le hubiera gustado abrazarla, consolarla, apretarla muy fuerte en sus brazos de hombre, pero ella no se dejaba.

Llegaba apurada, con los mandados comprados en el súper, para hacer la cena, arreglar la casa, tantas cosas que debían quedar listas para el día siguiente.

Y ahora él está frente al cochinito, su alcancía.

Sus ahorros.

Dinero que había estado ahorrando para el *atari*.

El *atari* era un sueño largamente acariciado. Pero... no puede dudar. El Manchas es mucho más importante.

¡El Manchas! Por todas partes está su olor.

Y en la soledad del pequeño apartamento, Javi tiembla. El cochinito parecía mirarlo, levantando su hocico, tentador.

¿Lo rompería?

No... quizás no fuera necesario.

Él había visto muchas veces cómo su mamá introducía un cuchillo por la ranura y luego las monedas se deslizaban hacia afuera, una tras otra... y cada moneda que salía

era un pequeño brinco en el estómago.

El sonido metálico de las monedas al rebotar en la mesa, resbalando muchas veces hasta el suelo, lo sobresaltaba en el silencio de la tarde.



cuatro

La tarde es hermosa.

El cielo es azul, sin una nube.

El sol quema fuerte.

Hace muchísimo calor.

El Manchas no deja de sentir cierta sensación agradable dando vueltas y más vueltas por aquel patio.

El lugar no está mal, después de todo.

Es amplio, espacioso, muy distinto al apartamento apretadito de la ciudad, donde viviera con Javi. Y además está el hombre que le dice cosas amables, como si quisiera ser su amigo.

Y que además se empeña en darle de comer.

Pero el Manchas no quiere comer.

Da solamente tres lengüetazos al agua para no perder la fuerza.

Él sabe que tiene que reservarlas para el viaje.

El Manchas va a viajar.

No sabe exactamente cuándo, ni cómo, pero está atento.

Da vueltas y más vueltas, impaciente.

Es como un deportista entrenándose.

Sabe que tiene que estar preparado.

Cuando llegue el momento su instinto lo guiará.



CINCO

El chirrido de la puerta lo sobresalta, y cuando la cierra tras de sí, siente que las manos se le hielan.

¿Sabrá encontrar el camino?

Porque Javi tiene solamente ocho años y aunque va solo a la escuela y también hace algunos mandados, siempre que tiene que ir más lejos, a visitar algún pariente o hacer alguna diligencia, va con su mamá.

Alguna vez tiene que ser la primera, piensa.

Si al cabo no es demasiado difícil, se da ánimos.

Se trata de tomar el camión hasta el centro y luego allí preguntar.

Preguntar cómo se llega hasta aquella dirección.

Él vio claramente cuando su mamá la apuntó en aquel papelito.

Luego él la copió muy-muy bien.

Oyó después que decían:

—No es demasiado lejos del centro.

—No es demasiado lejos del centro...

—No es demasiado lejos del centro...

—No es demasiado...

Javi se repetía aquella frase, una y otra vez para darse ánimos.

En la parada miraba a todo el mundo, tratando de poner su cara más adulta, su cara más tranquila...

¿Lo conseguía?

Le daba la impresión de que todo el mundo lo miraba y el autobús que no llegaba.

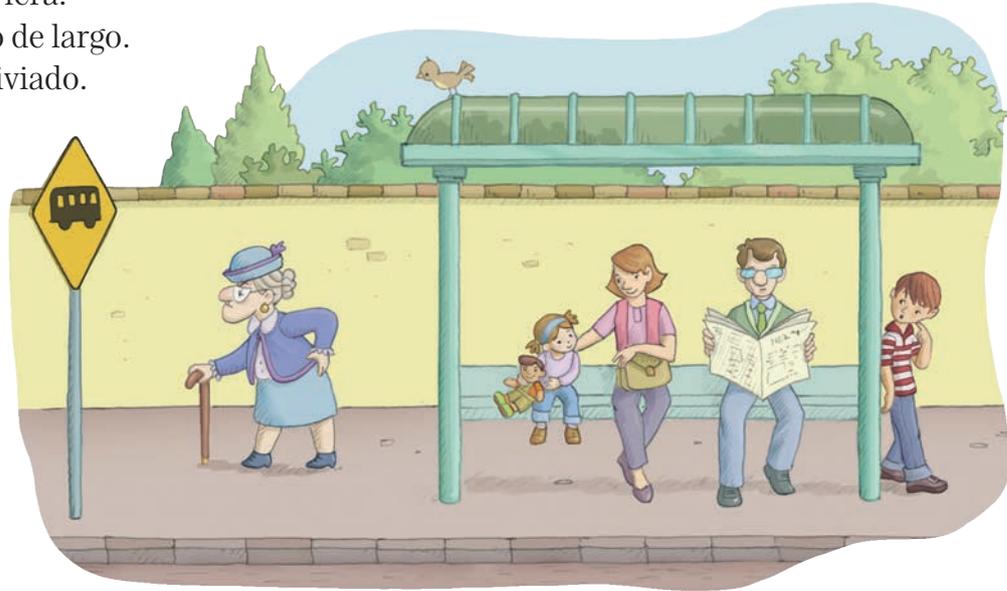
Para colmo vio a la vecina.

Era aquella señora que le recordaba un poquito a su abuela.

Javi se escondió lo mejor que pudo detrás del poste, y cruzó los dedos para que la anciana no lo viera.

La señora pasó de largo.

Javi suspiró aliviado.



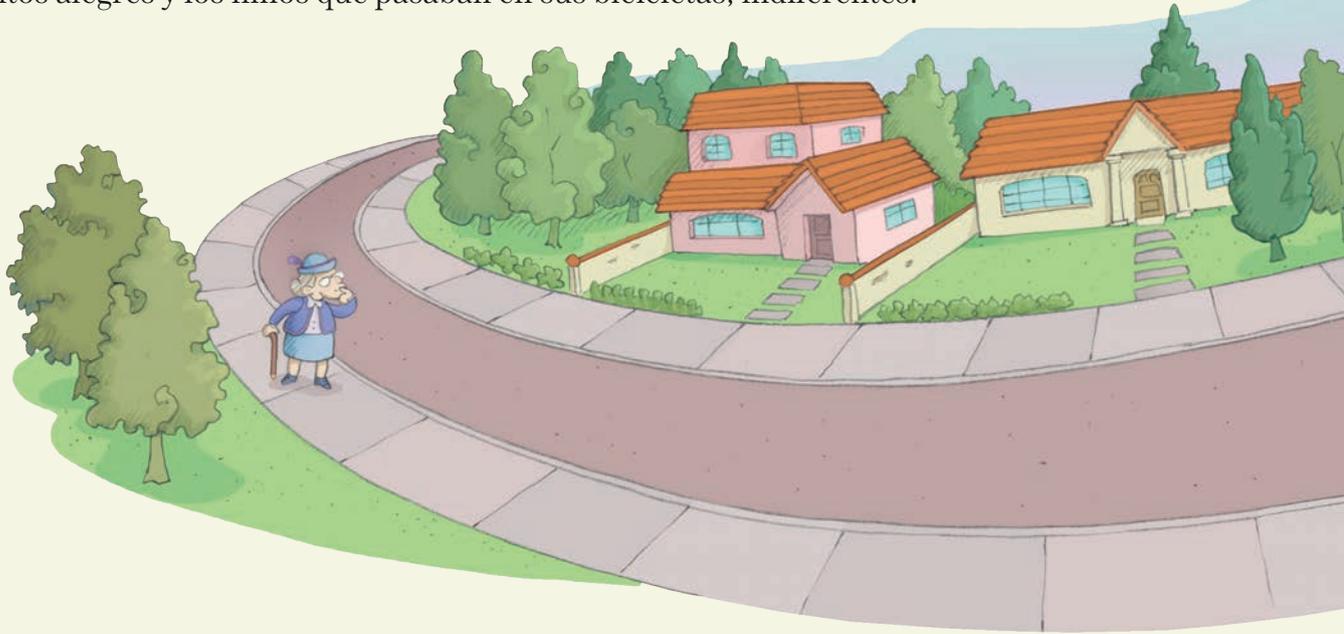
Subió al camión como en sueños.

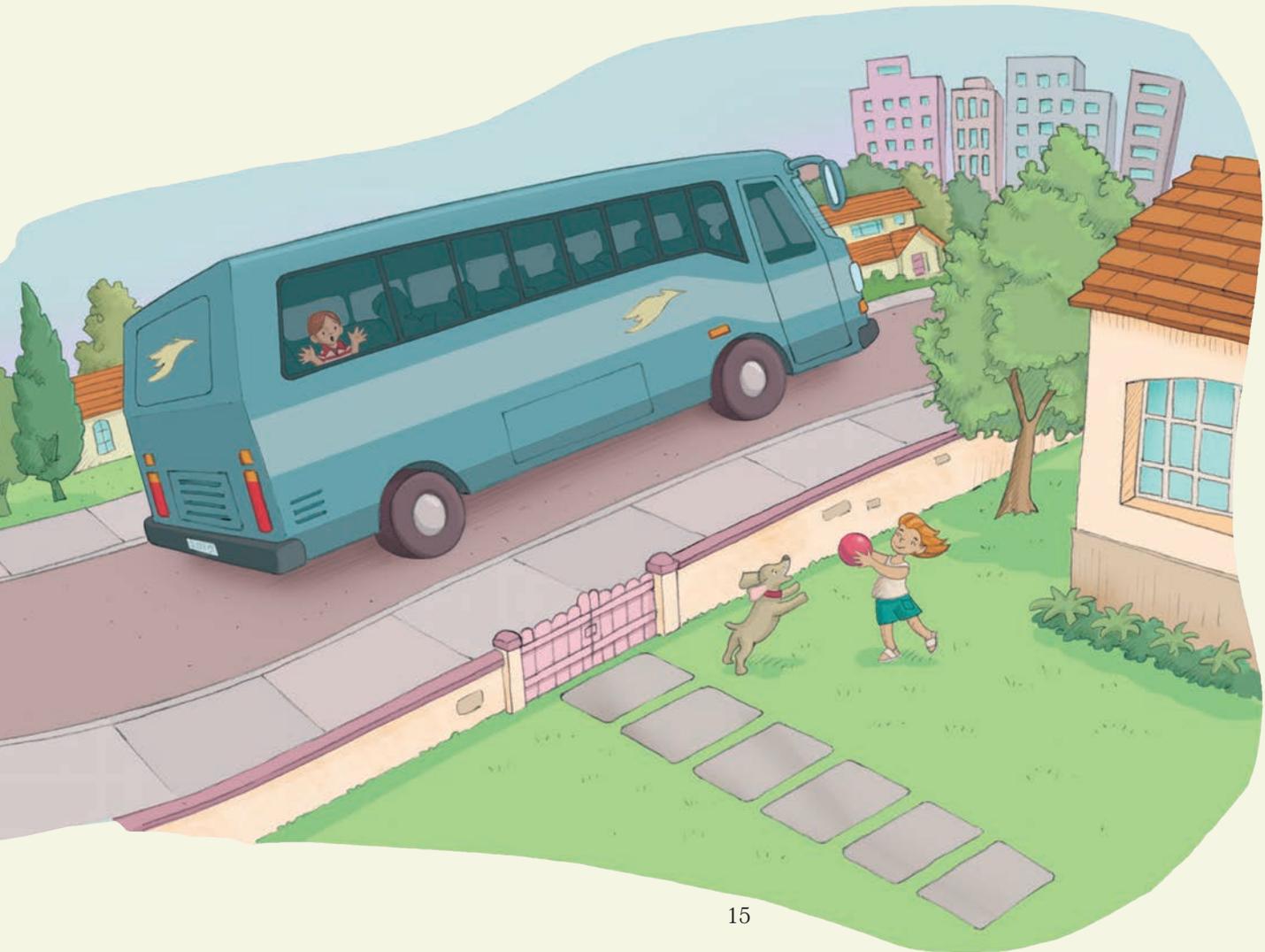
Le parecía que nada era verdad, que era una pesadilla.

En esa pesadilla Javi soñaba que le habían llevado lejos a su perro y se veía en la necesidad de buscarlo.

Era verdad, sin embargo, y ya estaba sentado en el vehículo y no había pasado nada.

La ciudad se le mostraba como si la viera por primera vez, y miró las casas bonitas y los jardincitos alegres y los niños que pasaban en sus bicicletas, indiferentes.





Seis

Él no sabe (ni le importa) cómo ha llegado la oportunidad.

El silencio de la tarde, el limpio azul del cielo, la ausencia de los hombres y el portón abierto se habían encadenado para darle paso.

El Manchas se lanzó sin vacilaciones hacia afuera y comenzó a correr.

Corre como un desesperado, como “alma que lleva el diablo”, como si lo persiguieran.

Nadie lo persigue, sin embargo.

Corre por la carretera.

Ésta se extiende como una larga cinta.

El Manchas se detiene un instante, haciéndose a un lado, porque los autos pasan a toda velocidad.

El Manchas mira hacia todas partes.

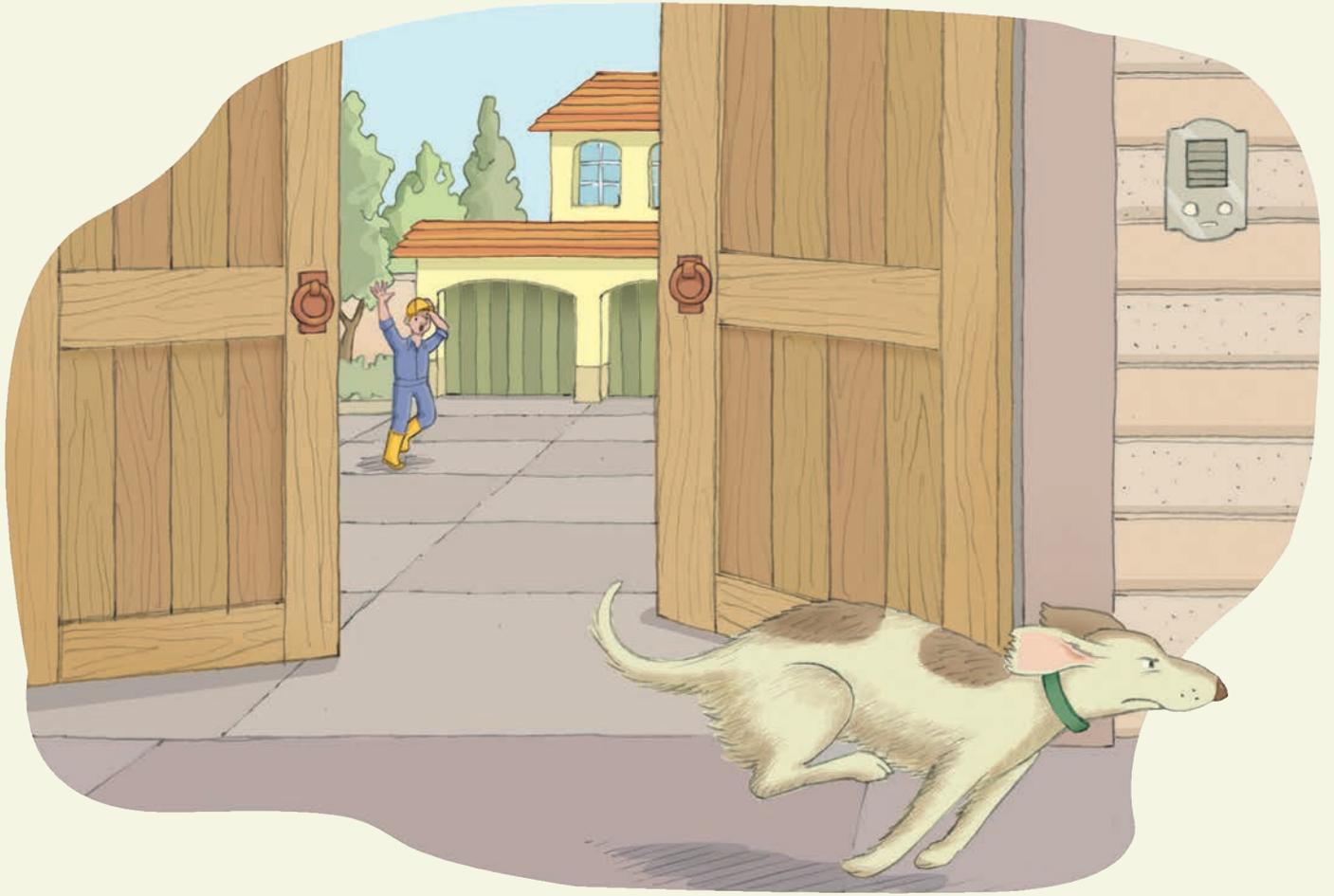
El terreno está cercado.

Eran cercas fuertes, bien hechas, con postes de concreto y alambradas que impiden toda posibilidad de acceso humano.

Pero... quizás un perro pudiera entrar y corriendo a campo traviesa ganar tiempo. Y espacio.

Eso haría.

El Manchas disminuyó la carrera y, caminando un poco más lentamente, olfateó la alambrada.



Siete

La dirección es una casa.
Es la puerta de una casa.
Detrás de la puerta, una señora.
Una señora muy amable.
Hay mucha gente amable en esta ciudad.
Cerró el piano en el que había estado tocando
una melodía dulzona y, mientras se movía de acá
para allá, platicaba sin parar.
Abría un cajón,
sacaba los limones,
cortaba los limones,
buscaba una jarra,
la lavaba,
echaba el agua,
abría el refrigerador,
sacaba los hielos,
Mientras se movía de acá para allá,
platicaba sin parar..
—Claro... claro...
un perro... sí...



lo trajeron... pero,
tú estás muy pequeño para andar solo
por estos mundos de dios...
¿Cómo me dijiste que te llamabas?
—Javier...
—Sí, claro. Javier...
bonito nombre...
Creo que te caería bien una limonada... se te ve seco
y deshidratado... con todo este calor... pero, ¿qué quieres?,
así es el clima aquí...
—¿El perro?
—¡Claro! ...El perro...
Te daré la limonada... y también unas galletitas... yo misma las hice y están riquísimas...
supongo que debes haberle pedido permiso a tu mamá. Claro... claro...
Y Javi se desespera saboreando la limonada (que, dicho sea de paso, le ha caído de maravilla
a su garganta reseca) y busca al perro con los ojos sin hallarlo.
Y aquella señora habla que habla y no dice nada.
—¿El perro?
—Ah... el perro...
Bonito ejemplar, por cierto... pero mi hijo lo vendió enseguida...
Sí...
—¿Lo vendió?
La voz de Javi es apenas un susurro tembloroso.



Ocho

Logró escurrirse a través de la alambrada, pero supo enseguida que había sido un error.

Se detuvo: las patas firmes sobre la tierra, bien tiesas las orejas, jadeando un poco.

Entonces los oyó.

Eran varios perros y habían notado su presencia.

Y eran animales entrenados para perseguir, para atacar a cualquier intruso, no importa si humano o bestia.

Eran perros como él, pero no le tendrían ninguna compasión.

El Manchas era valiente. No le temía a la lucha... mas... ¿valdría la pena?

Una pelea lo desviaría de su camino.

Sí.

Se había equivocado metiéndose en la propiedad.

Corrió con toda la ligereza de sus patas.

Los perros ladraban y los ladridos estaban cada vez más cerca.

El Manchas retrocedió hasta la cerca. Alta, sólida, imponente.

¿Podría?

Como había tomado demasiado impulso, al caer, cayó mal, lastimándose una pata.

Dio un alarido de dolor.

Sin embargo... había logrado ponerse fuera del alcance de sus perseguidores.





nueve

La reacción de Javi, ahora que ha podido escaparse del parloteo incesante de aquella señora, es de indignación.

Su nerviosidad se ha transformado en furia.

Está furioso con su mamá porque dejó que se llevaran a el Manchas, está furioso con el hijo de la señora, que vendió al perro, está furioso con la señora tan parlanchina, está furioso con la vida que le anda jugando tan malas pasadas.

Pero Javi es terco.

No se da por vencido tan fácilmente.

La señora había dicho:

“Tres cuerdas para abajo y luego dos a la izquierda.”

(¿La izquierda? Javi nunca ha podido estar muy claro en eso de la derecha y la izquierda.)

“Tendrá que tomar otro autobús hasta Coralillo.”

Camina, duda, pregunta, suda, vacila, se angustia.

La parada.

Al subir se pegó disimuladamente a una señora para dar la impresión de que viajaba con ella.

Y la señora que no se daba cuenta de nada.

Era una señora gorda que ocupaba mucho espacio con sus gorduras y sus paquetes y sus bultos.



Javi se revolía nervioso en el asiento.

La mujer, a cada rozón, le echaba una mirada furiosa, algo así como “maldito niño”, dicho con los ojos.

El autobús se desplaza sin demasiada prisa rumbo al pueblecito y
¿si se hubiera equivocado?

¿Y si hubiera tomado el autobús equivocado?

Javi trata de engañar sus temores recordando algunas cancioncitas de su vieja tierra. Trata de acordarse de las canciones con las que lo dormía su mamá de bebito, pero se le hacen un lío en la cabeza.

Diez

La pata le duele bastante, y correr en tres no es demasiado fácil. Ni agradable.

El Manchas tenía momentos de duda, de flaqueza.

Hacía días que no probaba bocado.

La carretera parecía que no se iba a acabar nunca.

¿A dónde iba? ¿A quién buscaba?

Pero eran unos pocos instantes.

Seguía.

¿Qué es aquello?

Hay más tránsito. Las calles se hacen más estrechas.

Es la ciudad que comienza a anunciarse.

La ciudad con sus múltiples ruidos y olores.

Ahora tendrá que seguir armando el rompecabezas de su regreso.

Debe encontrar un lugar muy transitado.

Allí: una casa,

la puerta de una casa,

en la casa, una señora.

Luego...

—¡Qué curioso! —dice la señora, asomándose a la ventana—. Ese perro que cojea...

¡cómo se parece al perro que vendió mi hijo!
...pero... ¡no puede ser!...
¡claro que no puede ser!
Pensándolo bien...
¡éste está
mucho más flaco!



once

Coralillo es un pobladito no muy grande, bonito, con sus casas pequeñas y modestas, pintadas de azul, de rojo, de blanco.

Sería mejor preguntar a algún muchacho, pensó Javi. Porque los adultos siempre quieren saber demasiado cuando ven a un niño pequeño y solo.

—¿Sabes dónde está el pastizal? —le preguntó a aquel joven que tenía cara de buena gente. Puso su voz más decidida.

—¿El pastizal?

—Sí, el pastizal...

—Está allá... al final del pueblo, casi en las afueras.

Javi suspiró.

El ademán del joven, la frase: “casi en las afueras de la ciudad” le sonaron a Javi: “casi en el fin del mundo”.

Estaba sudoroso.

Los nervios y el calor le habían empapado la camisa. Pero si su perro estaba en el fin del mundo, él iría hasta allá para encontrarlo.



ÚLTIMO

Y allí está: cansado, sudoroso, agotado. A duras penas escucha al señor que repite asombrado:

—¡Pero hombre!

¡Ahora me explico la actitud del perro!

No quería comer y daba vueltas y vueltas.

Yo sabía que extrañaba a alguien.

Ese alguien eras tú, ¿verdad?

Javi no puede contestar porque tiene un nudo en la garganta.

Porque las lágrimas suben y suben de alguna parte, apretándole el pecho, empañándole los ojos.

Él intentaba aguantarse.

Los hombres no lloran.

Pero era casi imposible contenerse, porque aquel hombre ha dicho que no...

que no... que EL MANCHAS NO ESTÁ.

Ha hecho un largo viaje y al final de su búsqueda, ¿qué?

Nada.

—Se escapó, ¿sabes? Creo que te anda buscando.

Y Javi imagina a el Manchas atropellado, hecho pedazos en algún vericuelo del camino.

—Mira —dice el hombre.

No debes preocuparte.

Es un perro fuerte y muy inteligente.

Espera un poco, que voy a contestar el teléfono.

Al principio Javi no presta mucha atención a lo que dice el hombre al teléfono, pero, ¿con quién habla?

—Sí...sí... —dice el hombre—. Está aquí, señora.

Tranquílcese usted.

Cansado, pero perfectamente bien.

¿El perro? ¿De veras?

¡Asombroso! No lo puedo creer.

No se preocupe usted, señora. Algo arreglaremos. Espere. Voy a llamarlo.

Muchacho, es tu mamá.

Y Javi, en medio de sus lágrimas que suben y se asoman incontenibles a sus ojos, escucha la voz joven de su madre.

Se oye trémula y agitada.

—¡Hijo! El susto que me has dado.

No debiste marchar así, sin avisarme.

Y luego... Javi... te voy a poner a poner a alguien al teléfono.
Todo está nublado ahora que Javi llora sin poder contenerse ni un minuto más.

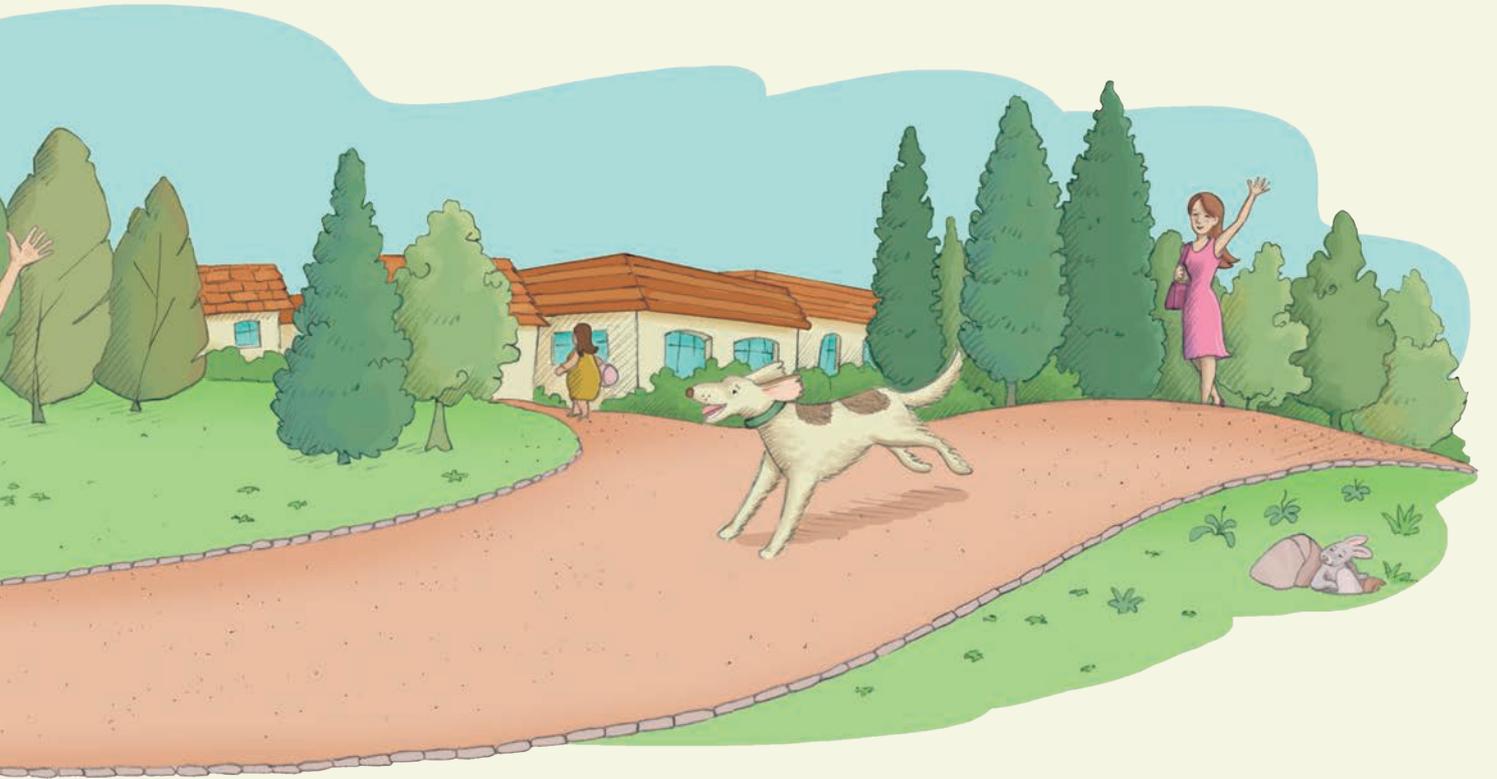
—Aquí está alguien que ha hecho un largo viaje
—dice la madre— y que está loco por verte...

A través del teléfono, Javi oye un extraño jadeo y después un ladrido, un ladrido largo, impaciente, conocido.

A Javi le resulta difícil ver el teléfono, distinguir al hombre, que a su lado le sonríe amistoso.

No distingue casi nada por culpa de sus lágrimas.





E L M A N C H A S ,
de Marín Medero,
terminó de imprimirse en julio de 2019
en los talleres de Serna Impresos, S.A. de C.V.
El cuidado de la edición estuvo a cargo
de la Editorial Universitaria.